

lidad de encargos o endosos al Tesoro, desdennan «alternar» con las mesocracias del oficio... Solana, en cambio, presenta siempre. La primera medalla no es en él lastre que le empuje al suelo de las pasioncillas y las pequeñas vanidades. Se encoge de hombros ante todas las consagraciones, incluso la suya propia. Y pinta por imperativo de conciencia y necesidad espiritual. Los dos cuadros suyos, «El viejo profesor de Anatomía» y «El comedor de los pobres», son verdaderos Solanas. Con esto sobra cualquier otro elogio. Suscribimos lo que Ricardo Baroja dijo en reciente artículo: «Que Solana es el más grande pintor contemporáneo español y uno de los más grandes de todos los tiempos y de todos los países.»

¡Rara atmósfera esta de fronteras de la muerte, que rodea al médico viejo—gruesa cadena de reloj, cuello alto, facultativo, negros de la corbata y el traje y gesto de aquella clínica filosofía anterior a Pasteur, que tan desdichadamente ha desvanecido el microscopio—en una abstracta generalidad de excepticismo! Los muñecos anatómicos, con sus vísceras al aire y sus inmóviles ojos de cristal son una expresión nueva de lo patético descubierta en lo inanimado. «El comedor de los pobres» lo constituyen una colección de personajes del hampa, cuya fuerza y carácter no tienen antecedentes en la pintura española ni aun remontándonos al mismo Goya.

Lo demás de la Exposición del Retiro, es lo de menos. Casi no existe. Abunda el paisaje discreto y los retratos de sillón y libro en mano, duros, satinados, con vistas a Museo Moderno. Preferible es ante la molesta obligación de la censura, no citar nombres, dejándolos en la gris opacidad de un destino común.

Los escultores todavía han estado más flojos que sus camaradas del pincel. Apenas pasan de treinta las obras presentadas, y de ellas sólo viven en el recuerdo unos bronce de Torre Isunza, un busto en yeso patinado, de Julio Vicenty el estudio de «Evangelista» para talla en madera, de Adsuara. En la sección de Grabado vemos tres únicas obras. Y de un solo autor, el distinguido aguafortista Castro Gil.

Melancólica y casi solitariamente (el público no ha hecho el menor caso del Salón de otoño) recurrimos a la sala de «Recuerdos», donde yacen los artistas que fueron. Vemos los clásicos «géneros» de Ferrant, el gracioso y suelto dibujo de Jiménez Aranda, los pasionales apuntes de Lucas padre y una soberana acuarela de Casimiro Sainz, límpida como el aire, caliente como una mancha de sol. Y reposa el alma y se desarruga el entrecejo, fruncido ¡ay! por tan poderosos motivos.

ANTONIO ESPINA.

Esta Revista no puede mantener correspondencia con sus numerosos colaboradores espontáneos ni publicar ningún trabajo conforme a la impaciencia del remitente, sino a la medida del orden que le imponen sus límites cuantitativos y sus necesidades cualitativas.

VÍSPERAS

POR

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA



Yo que soy el cronista de los muertos siento las vísperas de los Difuntos y cepillo mi levita de paño de Béjar, a cuyos faldones hay agarradas siempre, desde la última visita veraniega, espinas y ericillos de las matas secas que pueblan los cementerios viejos.

Veo con grandes ojos el cementerio que por donde se abre al campo se escapa casi por entero.

Lo conozco bien y he sentido en mis paseos por su erial la impresión cardíaca de mi reloj, que tiene una palpitación como la que esparcen los caldereros que anuncian su mercancía por la calle dando golpecitos con un cazo en una sartén.

Todos los muertos están esperando en el cementerio que mueran sus parientes. Sólo por eso cuentan los días.

Ísigando el cementerio en asidua relación se ve cómo hay retratos de esos que se esconden en los nichos de cristal roto que se van y después vuelven. ¿Quién se los ha llevado para mirarlos o besarlos?

Se ve que no seremos el abandonado, sino el mismo abandono, lo abandonado. Ni cuando se acabe el mundo dejaremos ya de ser los abandonados. Entramos para siempre y por siempre en el abandono eterno.

En los nichos vacíos quedan las túnicas de tela de araña.

En los cementerios revuelan las moscas más ensañadas, las que están acostumbradas a pararse en los rostros humanos sin encontrar resistencia, las que están acostumbradas a meterse por los oídos.

Desde luego, todas las mujeres del cemen-

terio son chatas. Cuando nosotros no mirá-bamos casi a todas esas mujeres muy chatas que pasan por la vida, resulta que la más permanente momia de mujer es desde luego chata. Miremos, por lo tanto, a las chatas que pasan por la vida como a mujeres bellísimas de gracia perennal y como a medio descomponer.

Si sobre los sepulcros hubiese siempre un mausoleo en que se representase al finado, no podríamos andar entre las tumbas porque encontraríamos el joven que se parecería a nosotros, el mismo, con la misma afable resignación en los párpados, la misma nariz absurda y la misma boca escéptica.

Cuando están los dos muertos: el padre y el hijo, el padre deja de ser el padre del hijo y el hijo hijo de su padre, convirtiéndose en dos compadres extraños y sin emparentar como desde nunca hasta nunca.

El hombre que no podía adelgazar, que pesaba ciento veinte kilos, al fin descansa sencillo y delgado con sólo un mes de ese régimen.

Antes de morir se leía todas las tardes el periódico más clerical y sórdido. Tenía ya con el periódico ese en la mano tipo de hombre que está leyendo su esquila de defunción.

Entre los sustos de cementerio ninguno como aquél. Íbamos los dos amigos leyendo con aire de curiosos todos los epitafios, cuando de pronto nos vimos de verdad en el fondo de un nicho, hasta por bajo de la nariz, con nuestros mismos sombreros, con nuestro susto, tan nosotros mismos que después de aquello somos como unos desenterrados. ¡Maldito espejo el que tenía por fondo aquella hornacina!

Perderemos un día todo el ritual de las cajas de muerto y serán latas de sardinas para nuestras cenizas o verdaderos cajones de embalar.

